



# COMENTARIO

Hemos leído otra melancólica disertación de nuestro amigo Maeztu, en que este cronista, a propósito de los soldados de cuota, vuelve a lamentarse, a la sordina, de que el pueblo español no sienta los menores deseos de ir a abrir en el Rif los caminos de la supuesta civilización. La termina diciendo que en eso de la cuestión palpitante de Alhucemas —el intento de conquista allí, el desquite de la santiagada—, “que es más fácil de mover un ejército sin soldados de cuota que con ellos, y que es aún más difícil moverlos cuando no se dispone para esa obra de los medios actuales de gobierno: la Prensa y la palabra.”

De la acción—y la pasión—de los soldados de cuota, o siquiera de los alfabetos—¡no “abecedarios”!—, de los que saben de veras leer y leen periódicos, hablaremos pronto comentando las “Notas marruecas de un soldado”, precioso y sugestivo libro de E. Jiménez Caballero, que acaba de salir a luz. Y entonces diremos cómo se hace no sólo la opinión, sino la conciencia y con ella la voluntad de un pueblo. Y cómo y por qué en España ni ha habido ni hay voluntad de conquistar el Rif. Ni de vengar lo que llaman afrenta de Annual. Que no lo fué al pueblo español.

No, amigo Maeztu: la minoría partidaria de la aventura conquistadora de Marruecos, esa minoría no pudo ni puede imponerse porque no es resuelta, porque no cree en la justicia de su causa. Ni el Gobierno puede disponer de la Prensa, porque ni el Gobierno de S. M. siente esa causa ni tiene resultado una campaña de Prensa asalariada cuando los que la hacen no sienten lo que piden. No; esa minoría dinástica no es resuelta. Sus últimos toques a rebato pidiendo el asolamiento de la cabila de los beniurriagueles sonaban a falso. Se oía la falsedad; se percibía la doblez.

En otros es ya otra cosa. Proceden de buena fe; pero con un ideario —“sentimentario”, mejor— que nos hace sonreír.

Un diario que se dice militar—y al que no le mueven esos motivos tortuosos y encubiertos — nos dice que sin vencer militarmente a Abd-el-Krim “no puede hacerse un pacto que ponga a salvo legítimos intereses y el decoro nacional”. Y a esto, que nos parece equivocado, pero no mentido, pensamos que aquí no se trata del decoro nacional, que el decoro nacional no ha perdido nada con el acto civil y de paz del rescate de los prisioneros, que no ha sido la nación la vencida y abatida, ya que no fué la nación la que mandó la santiagada. Ni puede ni debe la nación hacer suyas las calaveradas —no locuras— de irresponsables.

Ese mismo diario advierte al Gobierno que si no se decide a la intervención militar no podemos continuar como estamos, y que “así la paz no podrá venir más que de un pacto con el jefe rebelde, nada ventajoso

para nosotros, puesto que iremos a él sin haber quebrantado su poderío y soberbia”.

Vengamos a cuentas. ¿Jefe rebelde? ¿Contra quién? ¿Contra qué autoridad para él legítima se ha rebelado? Fué el general F. Silvestre, o quien le mandó avanzar en son de conquista sobre Alhucemas, el que se rebeló; ese fué el rebelde. ¿Soberbia? ¿Soberbia el que un pueblo defiende su independencia? También en 1808 llamaban los napoleonistas soberbios a los españoles que se alzaron, no contra Francia, sino contra Napoleón y sus huestes, contra el imperialismo napoleónico. Y no padeció el decoro nacional francés con la derrota de Bailén, donde fué vencida la causa injusta.

Porque, hablemos claro, amigo Maeztu: el desastre de Annual, el desastre de la santiagada se debió a que ésta era una empresa injusta, a que era injusto avanzar en tono de guerra contra unas gentes a quienes se decía que se iba a proteger y civilizar. Y si aquella deportiva y frívola calaverada salió como salió es porque no pudo prepararse bien,

y no pudo prepararse bien porque representaba una injusticia, porque la nación no la quería, como no quería la guerra.

Y eso de que cuando a uno le han hecho meterse contra otro fuera de razón y de justicia y sale descalabrado tenga que ir a cobrarse el descalabro, será acaso de lógica cabaleresca, pero no es de razón humana, civil y cristiana.

Y que los “abecedarios” nos llamen de la jarca de Abd-el-Krim. ¿Qué más da? El mejor patriota es el que sabe respetar las patrias ajenas. Y nosotros, los nietos de los del 2 de mayo de 1808, sabemos que esa expedición de castigo que se quiere emprender sería una de injusticia tan grande como los fusilamientos del Retiro después de aquel alzamiento.

Sabemos la fuerza de los prejuicios de una educación específicamente profesional; pero créannos los de ese supuesto decoro que las relaciones entre los pueblos no pueden basarse en la ética de los lances llamados de honor y que lo político y civil es lo humano y lo moral. Que no consiste en quedar, sea como fuere, encima de otro.

Razón por la cual vemos un peligro en que las normas castrenses se entrometan en las relaciones internacionales—y una nación forman los moros—, y nos parecerá muy prudente que el ministerio de Estado cele ciertas gestiones al de Guerra y Marina, no sea que los técnicos de éste se pongan a estorbarlas o desnaturalizarlas. Lo que hace falta es que los militares se empapen del mayor jugo civil posible y que se deje a los paisanos inciviles la baladronada de pretender absorber substancia militar. Que tampoco es esa.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.USALES